

Muchas cosas se esconden bajo el pasado de un instituto de provincia

A lot of things are hidden under the past of a high school in a provincial town

Julio Mateos Montero
juliomateosmontero@me.com

Recibido en noviembre de 2021

Aceptado en diciembre de 2021

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.5.24274

RESUMEN

A finales de 2020 se publicó una obra de Juan Mainer a la cual se dedica este artículo. El título, *Consagrar la distinción. Producir la diferencia. Una historia del Instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*, ya nos da una información concentrada y muy precisa sobre el asunto tratado, e incluso apunta los motivos e intenciones del autor. Aquí se abordan esos aspectos y se comenta la perspectiva genealógica y crítica adoptada por el autor para desvelar el entramado de una construcción histórica y social típicamente provinciana, un Instituto de Enseñanza Media, que, junto a sus establecimientos homólogos, contribuyó a la génesis del Estado moderno en España. La mirada crítica destapa un complejo, amplio y detallado mapa de relaciones de saber-poder atinentes al mismo Instituto, a la ciudad de Huesca y a los catedráticos del centro oscense en el periodo estudiado. Un periodo vinculado a un modo de educación tradicional y elitista. También se ha tratado de hacer una valoración conjunta de esta compleja y amplia obra llamando la atención sobre su dimensión social, sobre el pasado clasista y selectivo que dejó fuera de aquella educación a mujeres y clases trabajadoras y, por añadidura, a buena parte de la mayoritaria población que habitaba en los pueblos.

Palabras clave: modos de educación, bachillerato tradicional, catedráticos de bachillerato, Instituto de Huesca, saber-poder.

Referencia

Mateos Montero, J. (2022). Muchas cosas se esconden bajo el pasado de un instituto de provincia. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 5, 183-194. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.5.24274.

ABSTRACT

A work by Juan Mainer, to which this article is dedicated, was published at the end of 2020. The title *Consagrar la distinción. Producir la diferencia. Una historia del Instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*, already gives us concentrated and very precise information on the subject treated, and even points out the author's motives and intentions. Here we deal with these aspects and comment on the genealogical and critical perspective adopted by the author to reveal the framework of a typically provincial historical and social construction, a Secondary School, which, together with its homologous establishments, contributed to the genesis of the modern state in Spain. The critical look uncovers a complex, broad and detailed map of knowledge-power relations related to the Institute itself, to the city of Huesca and to the professors of the Huesca Secondary School in the period studied. A period linked to a traditional and elitist mode of education. An attempt has also been made to make an overall assessment of this complex and extensive work by drawing attention to its social dimension; to the classist and selective past that left women and the working classes out of that education and, moreover, a large part of the majority of the population that lived in the villages.

Keywords: modes of education, traditional baccalaureate, baccalaureate professors, Huesca Secondary School, knowledge-power.

Las primeras impresiones, esas ideas que sin permiso y desde fuera se cuelan en nuestra mente al poco de ir calando en la lectura de este último libro de Juan Mainer, indican que nos encontramos ante un trabajo de investigación creativa que supera con mucho las características y las dimensiones que se encuentran mayoritariamente en obras malamente catalogadas en una misma familia. Es decir, en el conjunto de historias o memorias de una institución de enseñanza con solera. Para este primer juicio creo que basta con la lectura de una breve pero robusta Presentación en la cual el autor sintetiza, con rigor y algún detalle, los motivos, los temas, las categorías analíticas y demás elementos del libro. Pero, además, es un juicio cabal porque el citado género escritural suele pivotar en la pasión conmemorativa; en una repelente complacencia que maldita la falta que hace. Como Juan Mainer dice, cargado de razón, tal género «suele ser motivo para la práctica de una literatura apologética, asaz indigesta, que navega entre la nostalgia panegírica y el insulso anecdótico sobre la escuela que ya fue, a mayor gloria de la que ahora es». Tal declaración ya anuncia un claro propósito de alejamiento de los mentados ropajes idealistas para situarse en otro lugar muy distante. El lugar de la crítica genealógica, que, en este caso, pone bajo la lupa al Instituto Provincial de Huesca, una institución escolar típicamente provinciana en su génesis y prolongada maduración, hermana de tantas otras en las distintas capitales españolas, no solo para dismantelar los mencionados ropajes idealistas, sino también con la intención de destapar el rostro y funciones originarias que han perdurado durante muchos años, al tiempo que mutaban adaptándose a las circunstancias económicas, políticas y culturales. Tenemos en nuestras manos un libro de historia, particularmente de historia crítica de la educación, en el que aparecen tres protagonistas imprescindibles: el mismo Instituto, la ciudad de Huesca y el cuerpo de catedráticos, en este caso reflejado en la obra de J. Mainer por más de medio centenar de minuciosos perfiles bioprofesionales de aquellos que ocuparon cátedras en el viejo instituto oscense a lo largo de los años estudiados. Es, por tanto, historia local, pero en ningún momento es una historia “de campanario”, sino que en todo momento está contextualizada en la historia del país y más allá.

El título del libro —*Consagrar la distinción, producir la diferencia. Una historia del instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*— sintetiza al máximo aquellas funciones sociales originarias y duraderas que solo muchos años después, ya bien entrada la segunda mitad del siglo XX, se verían trastocadas, como el propio conjunto del sistema de enseñanza. Dice el título: consagrar la distinción y producir la

diferencia (de los sujetos escolarizados, por supuesto). Creo que junto al consagrar la distinción también podríamos usar otro término de la misma especie, el que alude al sacramental acto de la confirmación, pues confirmar la distinción de cuna es también lo que se hacía sin ningún disimulo durante más de un siglo en la Segunda Enseñanza desde su origen decimonónico. El título nos ilustra también sobre los tiempos a los que se dedica el estudio: desde 1845, fecha de creación del Instituto oscense, y 1931, coyuntura que da paso a la II República, un momento de expectativas y contraexpectativas, cuya resolución final fue hija de esa salvaje pesadilla que fue el golpe de Estado, la guerra y la dictadura. Ochenta y seis años que encajan de lleno en el modo de educación tradicional elitista, aunque este se prolongara en nuestro país unos treinta años más. En ese largo tiempo el Instituto de Huesca —al igual que hicieron prácticamente todos los demás templos del saber-poder mesocrático y gestores de la “buena educación” en prácticamente todas las provincias hispanas— se dedicó básicamente a seleccionar, acreditar el mérito y la distinción del título para unos, la burguesía capitalina y familias pudientes tradicionales, al tiempo que excluía a otros. Los excluidos de las enseñanzas medias durante aquel largo periodo histórico fueron las mujeres y las clases trabajadoras. Hablaríamos de una institución patriarcal y nítidamente androcéntrica que, junto a su acendrado carácter clasista, no hacía otra cosa que cumplir con las relaciones de poder que, surgiendo de una peculiar revolución burguesa durante el liberalismo decimonónico, contribuyeron a forjar, a trancas y barrancas, el Estado moderno en España. El Instituto de Huesca opera, desde sus comienzos, “a pie de obra”, como un honorable proyecto en la recién inventada división administrativa que es denominada “provincia” para establecer los lazos del progreso, de la cultura, de la producción de élites en esa parcela territorial. Era el Instituto un dispensario de méritos simbólicos para los llamados a gobernar, a dirigir y detentar autoridades diversas en un aparato de Estado naciente que extendía sus brazos mediante la provincia (¡ecos imperiales, sí señor, al servicio de la pasión centralista de nuestro liberalismo!).

Por supuesto que esta obra no es hija de un parto primerizo. Tiene precedentes en la trayectoria intelectual del autor. Hace casi veinte años se enfrentó a una investigación sobre educación siguiendo el principio metódico de que casi todo ha de ser problematizado y que en el universo educativo las apariencias engañan, amén de que el camino del conocimiento ha de recorrer las sendas históricas, de una historia a la contra de complacencias con el pasado y con el presente, mostrando las miserias

ocultas bajo la alfombra. Por tanto, se trataba de sospechar de la escolarización, ídolo al que todas las tribus veneraban, y siguen venerando, como remedio de una deficiente e injusta sociedad según los anteojos de la piedad unas veces y del cálculo capitalista otras; como camino de salvación, de progreso, etc., etc.

Aquel ciclo indagatorio de Juan Mainer trataba de las tradiciones pedagógicas españolas en la enseñanza de las ciencias sociales. Y se ha de señalar, al mismo tiempo, que su esfuerzo tuvo lugar en el seno de proyectos y grupos colegiados, más específicamente en el seno del Proyecto Nebraska. Beneficios multiplicadores y catalizadores deben esperarse de las tradiciones en que el trabajo intelectual se produce cooperativamente, y es el caso. Las aportaciones de entonces ya fueron altamente valoradas y muy dignamente publicadas¹. Ciertamente este estudio que ahora comentamos sobre las profundidades que se ocultan en los orígenes y el desarrollo elitista del instituto de Huesca viene alimentado por aquellos trabajos. Particularmente la categoría de los modos de educación, que aparece en nuestro libro, fue usada en el Proyecto Nebraska y como todo (tanto el poder, la miseria o las ideas) tiene su narrativa². Pero la historia del Instituto de Huesca que presenta Mainer al público de su tierra y al de todas las tierras (¡difícil reto!) no es en absoluto, a mi juicio, un “más de lo mismo”. Ciertamente las cualidades del rigor, el trabajo tenaz y una escritura que personalmente aprecio por su placentera lectura son notas de ayer y de hoy. Y en cuanto a las diferencias, un cambio de destinatarios, de motivos y de metas. De una u otra manera, el conocimiento y experiencias ayer acumulados por “todos nosotros” puede (o debería) ser de gran provecho para reactivarlo evolutivamente en obras posteriores y de carácter diferente. Así Juan Mainer, que hasta su jubilación ha ejercido en el Instituto Ramón y Cajal, heredero del legado y continuación formal de aquella otra vetusta institución que es protagonista del libro, ha podido cumplir ciertos compromisos con el lugar donde reside y donde ha trabajado como docente la mayor parte de su vida.

Posiblemente el texto constituye un magnífico material para la difusión de conocimiento de muy alta calidad. Sirve en bandeja ocasiones para sacarle gran

1 *La sociogénesis de la didáctica de las Ciencias Sociales en España. Tradición discursiva y campo profesional (1900-1970)*. Universidad de Zaragoza, 2007. De esta tesis se derivaron dos publicaciones imprescindibles, cuyas referencias pueden encontrarse en <http://www.nebraskaria.es/trabajos-y-publicaciones/>. En el mismo sitio se dispone de una amplia información sobre los antecedentes intelectuales de Juan Mainer y su trabajo en proyectos compartidos: www.nebraskaria.es

2 Raimundo Cuesta fue el animador del proyecto. Ya había ensayado y caracterizado la herramienta de los *modos de educación*. Luego, en el empleo que otros hicimos de ella se fue fortaleciendo y cogiendo más colores y posibilidades.

provecho en la siempre difícil propagación de las vertientes críticas de historia y sociología de la educación y de la cultura en España³. Por ejemplo, he pensado cuán útil podría ser este libro para unas lecturas comentadas, con inteligencia docente, en la formación de futuros profesores. De paso se abrirían ocasiones también para sacar las “ciencias de la educación”, en el reino universitario, de su ensimismamiento y su cultura onfaloscópica (que suele decir J. Mainer y yo gusto de denominar adicción a la ombligofilia).

Hasta aquí llegamos, a modo de preámbulo, con una serie de impresiones genéricas. Pero muy pobres e injustos resultarían nuestros apuntes si no profundizáramos en los contenidos y afináramos más los comentarios y valoraciones.

MÚLTIPLES ELEMENTOS PARA HILVANAR UN CONJUNTO

Singular es también la amplitud temática que Juan Mainer ha exprimido. A modo de simple muestra y sin pretender ordenar o clasificar, mencionaremos algunos contenidos. Crónica de la creación del instituto cabalgando en la profunda decadencia de la vieja universidad escolástica, en el caso de Huesca de la universidad sertoriana; arquitectura y espacios del instituto provincial, cambiantes en respuesta a condiciones de necesidad; sucesivas normas generales y reglamentos internos para regular la gobernabilidad y racionalidad burocrática; tasas de escolarización discriminadas por modalidades, por género y evolución de las mismas en la educación tradicional y elitista; planes de estudio y organización de las disciplinas; material pedagógico acumulado en el patrimonio de la institución con llamativos ejemplos de su uso y desuso; avatares económicos de la ciudad y de la provincia en relación a la vida y a significaciones clasistas del instituto; creación y progresivo afianzamiento del cuerpo de catedráticos, su profesionalización paulatina, su ethos, sus “roles” como ciudadanos, sus saberes de diverso nivel y naturaleza.

Solo es una muestra, insisto. Y cabría añadir que la publicación, exquisitamente editada por el Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación Provincial de Huesca), contiene una interesante colección de antiguas fotografías de personajes, espacios, ajueres pedagógicos, edificios y elocuentes estampas. Contribuye a ilustrar intuitivamente la lectura. Y en el mismo orden de enriquecimientos que tiene el libro dejemos señalada la elaboración de anexos, relación de fuentes, bibliografía y

3 No ha de quedar en el tintero el pertinente empleo de citas de nuestro admirado Carlos Lerena, que oportunamente recoge Juan Mainer. Hacer eso y saberlo hacer bien ya es cosa meritoria.

amplísimo índice onomástico como conjunto necesario y una prueba más del ingente trabajo invertido.

¿Qué hacer con tantos y diversos asuntos? ¿Cómo hilvanarlos, sin artificios forzados y sí respondiendo a lo dicho en las cien primeras páginas del libro (El Instituto de Huesca en el modo de educación tradicional elitista)? En efecto, el primer centenar de páginas constituye una sólida parte que por sí misma podría presentarse como obra erguida, suficiente; un ensayo redondo sobre el meollo crítico de la obra. Y a continuación, en un segundo bloque, Mainer emprende el estudio pormenorizado de casi medio centenar de catedráticos del vetusto templo del saber: desde los pioneros de la época isabelina, seguidos de un grupo en el que se consolida el canon profesional durante la Restauración y un tercer bloque referido a catedráticos del regeneracionismo, los cuales garantizan la pervivencia del perfil corporativo mediante la combinación de lo tradicional y lo moderno.

Entre estos grandes bloques, diferenciados en la estructura, en los objetos de estudio e incluso en el empleo de categorías para comprender el devenir histórico, pueden verse distancias en el supuesto de que el lector tenga un deseo armonizador del conjunto. Un deseo previamente fijado por su ciencia y su experiencia. Me temo que el asunto no me preocupa especialmente, tal vez por no estar versado en historiografía y en gran medida poco interesado. Creo que el lector, aun sin tener una especial disposición, puede comprender perfectamente el conjunto sin despistarse. La primera y la segunda parte han quedado cosidas con habilidad y convincentemente, pues los retratos re-animados de los catedráticos no hacen más que poner en escena un pasado de carne y hueso, vidas con un sentido profundamente vinculado a su contexto, variopintas estampas humanas en consonancias, disonancias y en directa confrontación. Creo que los lectores, en esta parte de los catedráticos, tienen un sugerente y abierto campo para la interpretación en esa aventura, muy nombrada pero muy poco recorrida, del diálogo entre quien escribe y quien lee.

La complejidad del conjunto se ha de hacer próximamente aún más patente si tenemos en cuenta que no tardará en publicarse otro tomo, una prolongación que es hija del mismo proyecto, aunque sea “anatómica y fisiológicamente” bien diferente, pues se compone de una serie de entrevistas a personas que han aportado testimonios relevantes sobre otros tiempos del Instituto Ramón y Cajal. No podemos comentarlo aquí, pero sí citarlo, pues se trata de una tercera vela para mover el mismo

barco: *Desde el elitismo a la masificación. Historia y memorias del bachillerato en el Ramón y Cajal de Huesca.*

DISECCIONANDO LAS APARIENCIAS

Al trascender la amplia cosecha empírica, Juan consigue el desvelamiento de variados fenómenos de carácter socioeconómico, político, cultural e ideológico permanentemente atravesados por relaciones de poder y saber. Como ya apunté, Mainer hace una especie de radiografía histórica de tres protagonistas: el Instituto de Enseñanza Secundaria como vetusta institución de Huesca, los catedráticos del bachillerato como cuerpo docente de prestigio y la misma ciudad, cuya vida social viene marcada por los perfiles mesocráticos que van incorporando los símbolos de la cultura y “la buena educación”, al tiempo que mantienen arcaicos ramalazos de sotanas, caciques y aristocráticas familias. En algún momento se dice: «la intrahistoria de un establecimiento educativo de una pequeña ciudad española del interior, cuyo desarrollo como capital de provincia discurre y se explica, en gran medida, en virtud de la existencia y andadura de su propio Instituto». En fin, según todos los indicios una perfecta acomodación simbiótica entre la institución y su entorno social.

Creo que es el momento de recordar que, entre tantas destacadas creaciones en los principios del liberalismo hispano, algunas de las cuales son recogidas en el libro, también se encuentra la provincia como entidad para la organización, gobernanza y administración del territorio patrio. Como es sabido, fue cosa del afrancesado Javier de Burgos, Secretario de Estado en 1833. Otra invención de influencias napoleónicas. Tal parece que la fe con que el liberalismo considera a los institutos de enseñanza media, como pequeñas universidades de provincia, no es ajena a que la provincia y los estudios de bachillerato fueran hijos del mismo momento y de la misma doctrina. Lo que, a mi modo de ver, es un hecho muy claro, y en cierta forma sorprendente, es la perdurabilidad de estas instituciones en la cultura española contemporánea. Como otras más o menos de la misma hornada. Por ejemplo, la guardia civil, la peseta, el sistema métrico decimal y, por supuesto, el sistema nacional de enseñanza. Este asunto de la resistencia a las inevitables erosiones del tiempo es interesante. Y en este mismo paquete de divagaciones me permito apuntar un problema que creo merece ser estudiado con la misma mirada genealógica y crítica con la que navega Juan Mainer. El problema parte del siguiente esquema: Tres niveles o estratos que de arriba a abajo serían: a) Estado y Universidad; b) Provincia y

Enseñanzas Medias; c) Municipio y Escuela Primaria. Habrá de observarse que el cuerpo de catedráticos universitarios, el de catedráticos de instituto y finalmente, a mayor distancia, “en el sótano”, los maestros de escuela fueron el trípode corporativo sobre el que se apoyó el campo docente en la gestación del sistema nacional de enseñanza.

Lógicamente los profesores de bachillerato miraban de forma muy distinta hacia arriba o hacia abajo. Hacia la docencia universitaria con los ojos del deseo ascensional. Ambiciones de alcanzar un estrato totalmente controlado por el Estado en la Ley Moyano (1857) siguiendo una tendencia centralista que ya empujaron los Borbones desde el siglo XVIII. Y cuando es hacia abajo el mismo gremio no solamente lo hace desde una distancia de superioridad, sino que siempre ejerció una mal disimulada resistencia a confundirse con el “humilde maestro”, mayoritariamente figura de aldea.

Obviamente esas percepciones, miradas y subjetividades actuantes en los tres “pisos” tenían su correlato en los respectivos alumnados, en el pensamiento de las gentes, en la arquitectura de los establecimientos, en los recursos y/o miserias visibles, en cualquier exteriorización de cada identidad.

Sabemos que esos niveles para la jerarquización de la escala geográfica, del poder competente y de las instituciones educativas han ido quebrándose especialmente a partir de los años setenta del pasado siglo y entraron en franca crisis con la acomodación del país, en el (y al) modo de educación tecnocrático de masas; y más aún a las emergencias autonómicas posteriores ya en la España democrática. Sin embargo, la presencia de la vertical graduación durante el largo periodo estudiado por Mainer fue como una maldición de eternidad. Y en el libro se aborda, con ricos detalles, con una abundante documentación y con agudas observaciones un largo periodo de *transición larga hasta la educación tecnocrática y de masas*. Desde las primeras décadas del siglo XX a la Ley General de Educación de 1970.

Los años cincuenta del pasado siglo, que es a donde mis recuerdos personales e infantiles llegan, están dentro de esa transición larga, que fue, amén de prolongada, muy convulsa. Y por ello me permito la licencia de saltar ahora del papel de reseñista al de testigo y salpimentar este relato con algunos recuerdos viejos y menciones a una fuente de la cultura escolar de la misma época.

TESTIMONIOS Y SUBJETIVIDADES SOBRE LOS EXCLUIDOS QUE SE IBAN INCLUYENDO

Juan Mainer dedica el libro “A los que quedaron fuera”. Es decir, a los “naturalmente” excluidos de los estudios medios por motivos de clase social y de sexo. Trabajadores y mujeres. Hay otro grupo que quiero recordar, aunque las conjunciones de este con los anteriores ejercían el esperado incremento de las barreras: los habitantes del medio rural, de los muchísimos pueblos, villas y aldeas con maestro, alcalde y cura. Hoy se habla mucho de la “brecha” medio rural-medio urbano. Pero esto, siendo cierto, es una broma en comparación con la sima que separaba tradicionalmente al pueblero del capitalino, durante el siglo XIX y buena parte del XX.

Tendría yo, en mi pueblo natal, no más de seis o siete años y no he olvidado unas palabras “misteriosas” que me decía mi abuelo (un médico): «Julito, cuando seas un poco más mayor, si ingresas en el bachillerato, y estudias, serás un señor y te tratarán de *Don*». Con el tiempo el misterio fue quedando perfectamente aclarado. Por ejemplo, cuando años después, mi padre (un maestro), de mentalidad distinta a la del abuelo, me sentenciaba con una carga de experiencia y otra de pasión: «Estudia, porque hoy día vivimos la *aristocracia del título académico*». El caso es que ese padre había trazado un plan cuando en torno a 1953 el hijo y la hija mayores, llegaban a la edad de hacer el famoso Ingreso. No podía esperar a la lentitud del escalafón u otros méritos para llegar a la capital de provincia (Salamanca) dotada no solo de Instituto sino, además, de Universidad (el colmo...). Así es que se lanzó a unas oposiciones de ámbito nacional para tener una plaza de Regente de Escuela Normal en capital de provincia, que fue Cáceres. Así acabamos toda la familia en una localidad con establecimiento de Secundaria (el instituto El Brocense). El primer paso para tener a mano, de la forma más factible y económica, el título de bachiller de los hijos (los habidos y por haber) estaba dado. Para el acceso a la Universidad (por entonces Extremadura pertenecía al distrito universitario de Salamanca), ya se iría viendo... ¿Podemos hacernos hoy una idea de la cantidad de migraciones por similares motivos desde los pueblos a las capitales de provincia, que se produjeron en las décadas posteriores a la guerra civil? Sin duda los Institutos secundarios y/o las Escuelas Normales fueron poderosos señuelos, junto a otros factores socio-económicos, mucho más estudiados, en los comienzos del gran desplazamiento demográfico, que a la postre contribuyó a diferencias territoriales estructurales de difícil vuelta atrás como la actualmente pregonada “España vaciada”. En los años cincuenta fueron funcionarios rurales y sectores más o menos acomodados de nuestros pueblos los que iniciaron

fórmulas para que sus vástagos (primero los varones) estudiaran. Por supuesto, desde siempre, desde la fundación del Instituto de Huesca y sus homólogos del siglo XIX, las enseñanzas medias acogían a la alta burguesía y a terratenientes, vivieran donde vivieran, por la sencilla solución de pagar residencias de buen tono y vigilancia garantizada o disponer de soluciones privativas para la inmensa mayoría (internados en colegios privados generalmente religiosos, casa familiar de la capital).

La presión en la demanda de estudios medios, por encima de la escuela primaria avanzó ya de forma imparable. Es muy interesante rastrear cómo para los habitantes de nuestros pueblos los anhelos de ascenso económico, de vivir en pisos modernos, incluso de “quitarse el pelo de la dehesa”, iban ligados, muy estrechamente, con los anhelos de un título de bachillerato para los hijos, y todo ello pasaba por residir en la capital de provincia. En los años cincuenta y principios de los sesenta, aún en pleno franquismo, algunas cosas habían empezado a cambiar en las mentes de los hijos de la posguerra. La ola migratoria a Europa de los años sesenta contribuyó, con las remesas de dinero que enviaban los “currelantes” (que decía Carlos Cano), al proceso del que ahora tratamos.

La Enseñanza Secundaria en España llegó finalmente a convertirse en nivel alcanzado masivamente (aunque aún al día de hoy un 30% de los jóvenes españoles no tienen estudios postobligatorios). El sueño de nuestros abuelos y abuelas, en los años cincuenta, era que el éxito social dependería indefectiblemente de tener estudios bien aprovechados en aquellos institutos de provincia que tendían alfombrados caminos a la Universidad, “a tener carrera y ser un señor”. Creo que el “caprichoso destino” llevó a un presente en el que aquellos sueños de antaño han devenido en caricaturas goyescas. Con esto no quiero decir que la extensión de los institutos y la ampliación popular del alumnado sea un fenómeno indeseable, sino que el poder de la distinción y las diferencias sociales es un poder imbatible mediante la instrucción escolar. Pero no es pertinente seguir esta senda, en primer lugar, porque el trabajo de Juan Mainer no llega a hurgar en los tiempos del modo de educación de masas, lo cual se entiende muy bien, pues, de haberlo hecho con las mismas exigencias, hubiera significado un esfuerzo del autor y una tarea para el lector posiblemente excesivas. No lo sabemos.

Termino con un breve comentario sobre un librito de lectura escolar publicado por primera vez en 1893. Se reeditó muchas veces y yo he usado la edición de 1957 por cercanía al contexto inmediato a estas líneas. Hablo de *Viaje infantil*. (*Ligeros*

conocimientos sobre los grandes inventos al alcance de los niños)⁴. Vaya por delante el anuncio de que no es un libro cualquiera. Su autoría, su casa editorial y las estrechas relaciones de ambas con la cultura real y la sublimada de la escuela primaria le confieren un destacadísimo puesto en estas antiguallas de la manualística que vienen siendo muy apreciadas por la historiografía educativa. El autor es Mariano Rodríguez, hijo del célebre fundador de la casa, imprenta y librería, Santiago Rodríguez⁵. La librería más antigua de España. Fundada nada menos que en 1850, antes de la misma Ley Moyano, y que ha permanecido en el mismo lugar de Burgos desde hace más de 180 años.

Voy al grano. *Viaje infantil* trata de Santiaguito, un repipi niño de un pueblo de Burgos. Recibe el premio de un viaje fantástico al que su padre le acompañará cariñosamente como el mejor de los instructores. Premio por obtener la recomendación de seguir estudiando más allá de la escuela del pueblo. Por ganar concurso de niño más aplicado ante su querido y humilde maestro. También estaban presentes en el ritual examinadorio el párroco, el alcalde y el mismo señor inspector que visita la escuela en tal ocasión.

En aquel viaje de iniciación, de la mano del padre, visitará las grandes ciudades de Madrid y Barcelona. De paso conocerá de cerca los más grandes progresos de la modernidad. En sucesivas ediciones Santiaguito irá tomando intuitivo contacto con los prodigios científicos y tecnológicos de cada momento. Realmente Santiaguito es un niño de papel que, con cincuenta y siete años, nunca pasó de los diez, esperando más de medio siglo para llegar a estudiar en el Instituto. Muy larga fue la marcha de la escuela hasta la masificación de las enseñanzas medias. Pero la estrella del instructivo viaje es una *Visita al Instituto de Secundaria*. No solo destaca, sino que creo que es motivo y corazón de toda la lectura. Pasemos sin más explicaciones a unas pocas citas del libro que son harto expresivas.

– *Bien, hijo mío, bien. ¿No te decía yo todos los días: «Santiaguito, estudia, que así llegarás a ser un hombre de provecho? Siguiendo por ese camino, dentro de dos años ingresarás en la enseñanza media».*

– *Hemos llegado: Instituto de Enseñanza Media.*

– *Deseábamos ver el edificio y sus dependencias.*

4 En realidad, es una emulación del *Juanito*, de Parraviccini, el libro escolar más importante en la esfera católica y mediterránea del siglo XIX.

5 Es muy pertinente añadir que desde tiempos de la República nuestro manual de lectura venía siendo corregido y aumentado por Antonio J. Onieva, un inspector que se hizo muy amigo de la casa *Hijos de Santiago Rodríguez*. Es un personaje bien conocido por Juan Mainer.

– *Sí, señor; pasen ustedes. Por aquí. Esta es la Secretaría; despacho del señor director, el del secretario; sala de profesores.*

– *Es muy elegante y espaciosa.*

– *El salón de actos.*

– *Magnífico, suntuoso. La sillería es preciosa y todo resulta serio y de muy buen gusto.*

– *Ahora verán ustedes algunas cátedras y los gabinetes de Física e Historia Natural, que son muy buenos.*

– *Tengo mucho interés en que veas todo lo notable que pueda enseñarte, y por eso deseo que conozcas los gabinetes de Física e Historia Natural, para que adquieras una ligera idea de los grandes elementos con que hoy cuenta la enseñanza.*

– *Dentro de dos años, si Dios quiere ya seré yo estudiante del Instituto. Me tiene dicho el señor maestro que este año va a darme dos veces por semana lección especial para irme preparando a que haga un buen examen de ingreso. ¡Poquitas ganas que tengo yo de entrar en la enseñanza media! Estudiaré mucho para acabar pronto, tomar el grado de bachiller y entrar en la Escuela para ser ingeniero.*

Sin duda los textos normativos, las declaraciones de autoridades pedagógicas, los manuales escolares u otras fuentes de tiempos en los que las enseñanzas medias lucían su carácter clasista y selectivo, incluyendo a unos para excluir a otros, eran fuentes muy transparentes. No practicaban, como ahora, lenguajes tecnicistas como velos de ocultación. Tenían bajo la mesa todo un arsenal de letanías eclesiales y aristocráticas para camelar sin reparos y que, precisamente, creo que se puede resumir en el logotipo de la imprenta de don Santiago Rodríguez: la imagen de la diosa Minerva aureolada con un lema: «*La escuela redime y civiliza*». Ahí queda eso.

Pues sí, amigos y amigas que esto habéis llegado a leer: los viejos discursos tan “sinceros” ponían en acción una eficaz naturalización de las diferencias. Tengo para mí que las barreras selectivas en la escalera de la Enseñanza Secundaria son un claro ejemplo de ello. Y espero que los problemas que el libro de Juan Mainer nos ha puesto sobre la mesa merezcan una atención que proyecte la crítica al presente, es decir, retornando al pasado. Este asunto no se ha acabado.

OBRA RESEÑADA

Mainer, Juan (2020). *Consagrar la distinción, producir la diferencia. Una historia del instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*. Huesca: Instituto de estudios Altoaragoneses. 445 págs.